

plos españoles, todo ello en medio de cerros cubiertos de pitahayos. Las demás casas parecen bastante humildes. Avancé un poco más allá del pueblo, hasta la confluencia del arroyo del Fraile con el río de Jesús María. Como sopla todas las tardes un fuerte viento producido por el enfriamiento del aire caliente de la barranca, en lugar de levantar mi tienda de campaña, hice que me formasen un cobertizo abierto. Dura el viento hasta la media noche, pero las mañanas son serenas y frescas. Los coras consideran que ese aire es benéfico para que se desarrolle el maíz, y á efecto de que persista, le ofrecen el sacrificio de un tamal de ceniza, de dos pies de grande.

Son los coras del cañón, y probablemente los de toda la tierra caliente, de carácter más dulce que sus hermanos de la sierra, pero tan amantes de sus propias conveniencias unos como otros.

Las casas del pueblo se hacen de piedra y se techan con paja, mas como no tienen ventilación se calientan extraordinariamente. Frecuentemente vi en aquellas cabañas á muchos individuos resfriados, tendidos sobre el suelo. Durante el verano, prevalece también en el valle una enfermedad que enrojece é inflama los ojos; pero á pesar de lo malsano de la región, alcanzan los indios notable longevidad y sus mujeres se conservan admirablemente. Es característico de todas las indias el vivir largos años, ventaja que será perdonable que les envidien muchas mujeres blancas.

Viven allí veinte mexicanos, incluso los niños, todos pobres, sin casa ni tierras propias; pero habitan en el convento y arriendan terrenos de los indios. Estos, por supuesto, son nominalmente católicos, y atiende á sus necesidades religiosas el padre de San Juan Peyotán. Supe que hará apenas unos cuarenta años, eran conducidos á la iglesia sólo á fuerza de latigazos. Quedan familias que llevan á sus muertos á cuevas de difícil acceso cuya entrada

cierran, sin enterrar á los cadáveres, y aun bailan mitote en ocasiones, más ó menos secretamente.

Los indios pescan cangrejos y pececillos con una especie de redes de mano, tejidas de hilo de algodón, que retienen extendidas con los codos mientras van arrastrándose entre las piedras del río; y se sumergen, llevando la red en igual disposición, en los lugares profundos.

Al siguiente día de mi llegada, pidiéronme que fuese á la comunidad para leer mis papeles al pueblo. Hecho esto, les expuse que necesitaba que me vendiesen algún maíz y frijol, un algodón azul de los que allí fabrican y otros objetos que me interesaban; pedíles que me proporcionasen dos hombres seguros á quienes poder enviar á la ciudad de Tepic por mi correspondencia y por dinero, y les manifesté que deseaba retratarlos, que me enseñasen sus cuevas sepulcrales y me envasen un buen curandero y algunos intérpretes. Tuve los mensajeros que pedí, pero necesitaron dos días para preparar las tortillas que iban á llevar como provisiones. Mi deseo de ver los sepulcros fue mal recibido; pero pronto me enviaron el médico sacerdotal que llegó á poco á la casa de la comunidad, y sin haberme visto, dijo á las autoridades que "era muy conveniente contar á ese hombre todo lo relativo á las antiguas creencias, para que el Gobierno lo supiera." Cuando se me presentó, me besó la mano como si yo fuese un padre, y tuve una entrevista por todo extremo interesante con aquel leal y bondadoso viejo acerca de los mitos, tradiciones é historia de los coras. Deduje por lo que me dijo que debía de andar muy cerca de los cien años, y no obstante ello, no tenía una sola cana en la cabeza. Conservábase fuerte y en pleno goce de sus facultades, aunque un tanto sordo, y mientras me hablaba ocupábase en tejer una red para pescar.

Lo tuve conmigo todo un día y parte del siguiente, pero como se mostrase ya entonces muy fatigado mentalmente, lo dejé irse.

Había un indio, llamado Canuto, que sabía leer y escribir, quien, llevado de una grande afición á las cosas de iglesia, fungía como sacerdote. Supe que subía al púlpito á decir sermones en lengua cora, y hasta había pretendido bendecir el agua, lo que el padre le había prohibido hacer. Aquel indio suspicaz, intolerante y ferviente católico fue el primero en quien había yo visto perdida enteramente la primitiva fe. Era enemigo de que se danzara el mitote y no lo veían con buenos ojos los demás indios. Todo el tiempo que permanecí allí, no cesó de trabajar contra mí, porque el cura de San Juan Peyotán, según llegué á saber, me había denunciado ante el pueblo.

Dos comerciantes de la localidad, que me habían visto en Santa Teresa, hablaron al padre de la presencia de un misterioso *gringo*, provisto de muchos cajones y mulas de carga que daba á los coras "preciosas alhajas" para comprarles sus almas, y asistía á sus danzas. El padre, sin conocerme siquiera, sacó por consecuencia que era yo un misionero protestante de viaje, y un día, después de la misa, exitó á sus fieles contra el maligno protestante que andaba corrompiéndoles el corazón y perturbando aquel valle donde siempre había reinado la paz. "No aceptéis nada de ese hombre, les dijo; ni su dinero; no consintáis que éntre en la iglesia y no le deis ni un vaso de agua." Este padre, según me contaron personas fidedignas, hacía que los jueces de San Juan y de San Lucas castigasen á hombres y mujeres por ofensas que no caían bajo su jurisdicción. Á los hombres se les ponía presos, y á las mujeres les aseguraban á los tobillos una tabla redonda y pesada que tenían que arrastrar una ó dos semanas á donde quiera que fuesen, lo que, aparte de la gran dificultad que les daba para moverse, no las dejaba arrodillarse para moler en el metate.

Sus sermones contra mí causaron profunda impresión en ignorantes mexicanos de aquel remoto rincón del mundo,

quienes, por consiguiente, me miraban mal y procuraban evitarme. Á falta de otra cosa, inventaron todo género de extraños cargos respecto de mí: que andaba examinando las tierras para Porfirio Díaz, que quería vender el territorio de los coras á los americanos, que recurría únicamente á los indios porque eran más confiados y fáciles de descarriar, pues mi propósito era hacerlos masones. Un francmasón es lo único que produce en aquellas gentes miedo y horror supersticiosos. Aun mis cartas de recomendación eran reputadas dudosas y falsas. Con todo, un viejo á cuya mujer curé, me dijo que también los protestantes son cristianos, y que en su opinión yo era mejor que los protestantes. Por fortuna para mí, eran los indios poco impresionables, y como nada malo les habían dicho á mi respecto sus hermanos de la sierra, no les infundía ningún recelo un hombre que no los engañaba y que mostraba interés por sus antiguas creencias y costumbres, en tanto que los padres habían siempre dado buena cuenta de sus objetos sagrados, destruyéndolos y quemándolos.

Volvieron, al fin, mis mensajeros después de una ausencia de doce días, y me sorprendió verlos acompañados de dos gendarmes. El Jefe Político del Territorio de Tepic no sólo había tenido la bondad de hacer que me pagasen el cheque de unos \$200 que había remitido, sino que consideró prudente enviarme el dinero protegido por una escolta, precaución que agradecí debidamente, y como lo único que esperaba era el regreso de dichos hombres, dispúsemme á subir el río hacia el cercano pueblo de San Francisco, cuya población se halla más libre de la influencia mexicana.

Cuando derribaron mi barraca, encontré entre mis efectos diez alacranes, pues en aquel cañón abundan mucho. Dijéronme que había sido preciso abandonar un punto situado arriba de San Juan Peyotán, á causa de tales bichos. La picadura del escorpión es de lo que más se quejan en aquellos lugares, y frecuentemente mueren niños á conse-

cuencia de ella, aunque no todas las clases de escorpiones son peligrosas. Es opinión general que los alacranes pequeños y amarillentos son los más temibles, y el cura de Santa Magdalena, del Estado de Jalisco, me aseguró que había conocido personas adultas que muriesen de la picadura en el término de dos horas.

Parecen tener los escorpiones de México decidida preferencia por ciertas localidades, donde se les encuentra en gran número. En la ciudad de Durango, anuncian en los hoteles, como para atraer clientela, que no hay alacranes. Durante varios años, según estadísticas municipales, estuvieron matándose anualmente como 60,000 de dichos insectos, por cada uno de los cuales pagaba la autoridad un centavo, y había personas que ganaban un peso diario con esta industria. Con todo, mueren todos los años, víctimas de las picaduras, como cuarenta personas, en su mayor parte niños.

Supone el cura que acabo de citar que hay una zona propia para los escorpiones que se extiende desde el mineral de Bramador, cerca de Talpa, en el territorio de Tepic, hasta la ciudad de Durango, pero cuya amplitud lateral no podía él determinar. En Santa Magdalena los alacranes no son muy peligrosos.

CAPÍTULO XXIX

CORDIAL RECEPCIÓN EN SAN FRANCISCO—MEXICANOS AL SERVICIO DE LOS INDIOS—LA ESTRELLA DE LA MAÑANA, GRAN DIOS DE LOS CORAS—EL PRINCIPIO DEL MUNDO—COMO SE OBTUVIERON LAS PRIMERAS NUBES—EL CONEJO Y EL VENADO—AFORISMOS DE UN SACERDOTE CORA—UNA NOCHE EXTRAORDINARIA—Á CAZA DE CALAVERAS—LA INFLUENCIA DEL PADRE ME IMPIDE AVANZAR—MARCHO Á LA REGIÓN DE LOS HUICHOLES—UNA DESERCIÓN.

EN el pueblo de San Francisco, bellamente situado en una vuelta del río, fui muy bien recibido. La Casa Real, otro nombre del edificio generalmente designado con el de La Comunidad, se había barrido dejándola muy limpia y fresca, y acepté la invitación que me hicieron de alojarme en ella. Me fue proporcionado el inaudito lujo de una cama ó más bien de una armazón de cama, tejida de fuertes correas, que saqué al corredor, porque el cuarto era oscuro y me pareció preferible para guardar las sillas y aparejos que en el primero estaban. Encomendaron á dos indios que durmiesen cerca para cuidarme, y como hiciese reparos á esto, me informaron que dos individuos de Jesús María habían hablado de matarme como medio más sencillo de cumplir las órdenes del padre. Sintíendome muy á mis anchas entre aquellas gentes afectuosas y bien intencionadas, pagué á mis sirvientes dejándolos que se volviesen á sus casas, pues suponía que cuando resolviera marcharme nuevamente, podría encontrar quienes me ayudaran á llegar al territorio de los huicholes. Á un curandero más entendido que todos los demás, se le comisionó para darme los informes que yo deseaba acerca de las antiguas creencias y tradiciones de los coras.